EL EUROPEO.

PERIÓDICO DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

Número 2º

Sábado 25 de Octubre de 1823.

FISICA.

Nuevos descubrimientos sobre la electricidad.

Con estudios especulativos, que muy á menudo á nada conducen sino á una vanidad desmesurada, y á una presuncion sin límites, pretende el hombre hallar verdades, al paso que abraza sueños que turban su tranquilidad y le hacen infeliz: pero el estudio de la naturaleza le enriquece de conocimientos intuitivos, establece un equilibrio perfecto entre las fuerzas de la razon y su propension al saber, y le colma de los mas puros placeres, conduciéndole al conocimiento real del gran autor de la creacion, y presentándole continuamente la importante sentencia: hombre conocete á tí mismo.

Los principios fundamentales que deben dirigir el estudio de la naturaleza para alcanzar los adelantamientos que deseamos, son observar asiduamente, subir de los efectos y sus complicaciones hasta las causas; y no admitir discusiones, ó suposiciones metafisicas para esplicar los fenómenos cuyas causas ignoramos aun, ó que jamas podremos comprender. El sabio confiesa con franqueza su ignorancia; y solo el necio quiere disfrazarla con adornos postizos. Por mu-

chos siglos consistía la fisica en una recopilacion de fenómenos naturales y de estravios del entendimiento humano. Llegó el inmortal Newton, y sometiendo al cálculo la naturaleza misma, desaparecieron los vórtices de Descartes. El gran Lavoisier nos mostró una nueva y segura senda para indagar los secretos de aquella madre fecunda, y se desvanecieron los átomos de Leibnitz con las demas necedades de la pedantería. Por lo mismo es preciso observar que nada adelantaremos en el estudio de la fisica, sin el conocimiento de la química y de la matemática. Con estos auxilios, grandes y numerosos han sido los descubrimientos hechos en las ciencias naturales desde el principio del siglo 18.° especialmente en estos últimos cincuenta años, y nos queda todavía un vasto campo que recorrer.

Los maravillosos fenómenos de la electricidad, del magnetismo y galvanismo merecen toda la atencion de los naturalistas, y seria de desear que se multiplicasen los esperimentos sobre ellos, para poder penetrar mas y mas los arcanos que encierra la naturaleza en su inmenso laboratorio; tanto mas, cuanto ya no cabe duda en que el fluido eléctrico, ya por si solo, ya en sus modificaciones como galbanismo y magnetismo es en union con la luz uno de los principales agentes en las operaciones secretas de la naturaleza, y el mas activo resorte de la vida animal. Nuestros descubrimientos en este particular facilitarán ciertamente la síntesis en los esperimentos químicos, y darán conocimientos mas estensos y exactos de los mas curiosos efectos de la organizacion en un gran número de acciones, que parecian increibles á unos, imposibles á otros, y hasta habia quien por no poder negar los hechos que presenciaba, los atribuía al poder de espíritu maligno. En las enfermedades nerviosas y los singulares fenómenos que los acompañan, son sin duda los efectos de este fluido, los que deben fijar particularmente la atencion de un sabio observador. Espondremos á nuestros lectores algunos nuevos descubrimientos, observaciones y esperimen-

tos dignos de la consideracion de los amantes de las ciencias naturales.

El célebre y sabio D. Enrique Zschockke leyó en la academia de ciencias naturales de Aarau una memoria en que espuso que el número de los repetidos golpes del trueno es siempre igual al número de los ángulos que el rayo forma, cuando recorre las inmensas regiones de la atmósfera: de modo que cuando no se oye mas que un solo golpe de esplosion uniformemente prolongado por el eco, el rayo ha tenido una direccion en línea recta.

Los esperimentos hechos por Ingenhous, Sallabert y otros acerca del influjo del fluido eléctrico sobre la vegetacion, manifiestan á las claras que aumenta la transpiracion de las plantas y favorece la circulacion de los jugos de que depende su acrecentamiento. Nos hemos ocupado tambien en estas observaciones: y el resultado de ciento ochenta y cuatro esperimentos hechos en plantas indigenas y exóticas ha sido constantemente, una *vegetacion mas pronta que tiende principalmente al desarrollo de las partes de la generacion*: porque en efecto todas las plantas electrizadas crecieron con mas rapidez que las no electrizadas, desplegaron mucho antes las flores; y las partes de la vegetacion, en particular las ojas y el tallo, cotejadas con las de las no electrizadas presentaban siempre una diferencia muy notable en su desarrollo y estado de nutricion. Esta esperiencia nos condujo á la cuestion de si este fluido en los animales produce semejantes efectos, y de si el tiempo prefijado por la naturaleza á la union de los sexos es acaso aquel en que la cantidad del fluido eléctrico libre tenga la debida proporcion con los grados de irritabilidad de los nervios, propia de cada especie de animales, sospecha á que nos inclinamos tanto mas, porque observamos que en aquel tiempo hay una grande espansion y sensibilidad en el cerebelo, que se comunica á la médula prolongada, y á las partes genitales. No es posible resolver ni en pro ni en contra esta cuestion, sin hacer antes un

gran número de observaciones y esperiencias. Es preciso conocer de antemano el estado de la electricidad atmosférica segun las estaciones y tiempos, y sus variaciones de dia y noche, observar los efectos singulares que produce en los animales mas sensibles á la electricidad, como son varias especies de *Aranea* y *Palangium*, en las cuales los naturalistas han descubierto ya fenómenos muy particulares; y pasar despues á las observaciones sobre los demas animales.

El instrumento mas apto para conocer el estado de la electricidad libre ó atmosférica nos parece por muchas razones el péndulo electro-galbanico cotejado con un buen cronómetro, y observado junto con el electrómetro de Coulomb. Hemos tenido ocasion de empezar en union con otros naturalistas varias observaciones, que todavia no son bastante exactas y estensas para que merezcan ser publicadas; pero nos confirman en las lisonjeras esperanzas de que mucho se adelantará, y se podrán hacer muy importantes descubrimientos sobre los efectos naturales de la electricidad y libre y latente en los desórdenes nerviosos.

Mucho tendriamos todavia que esponer en este artículo, sobre el magnetismo y galvanismo; mas no permitiéndonoslo los límites del periódico lo reservaremos para el número proximo, en que daremos tambien un lugar á la famosa *varilla adivinadora* que por muchos siglos era un objeto de supersticion, y un instrumento temible de la magia proscrito por las opiniones de aquellos tiempos, puesto en ridículo en otros, y colocado en el dia entre los fenómenos galvánicos, cuyas marivillas se ocupan algunos sabios en indagar. = *C.*

POLITICA.

Efectos de la falta de armonia entre pueblos y monarcas.

Un cruel desengaño comprado con sangre, una triste esperiencia, único bien que nos queda en cambio de cuantos hemos perdido, nos anima á buscar en la historia lecciones útiles á la generacion venidera, y mostrarle un escollo en que tantos han naufragado, con la esperanza de que lo eviten en adelante: idea consoladora que dulcifica el amargo recuerdo de las desventuras que han afligido á la humanidad.

¿Qué astro maléfico influye sobre las naciones y sus gefes, los encona entre sí, les hace olvidar sus recíprocos deberes, y convierte en germen de discordias los principios constitutivos del orden social? ¿Y será eterna esta infausta division? ¿Y no habrá una deidad tutelar que acabe de una vez tantas desgracias? La filosofia hija del escarmiento y de la razon podrá tal vez algun dia añadir este bien á los muchos que nos ha prodigado, reconciliar á los depositarios de la fuerza física con los de la moral y establecer una armonía perfectísima entre el derecho de la naturaleza y el del convenio. Sobrado terribles son los egemplares de grandes calamidades y los amagos de otras mayores, para que dejemos de convenir en la necesidad de terminar tan tristes diferencias.

La repentina decadencia de florecientes imperios, la poca seguridad de los tronos mas firmes, la anarquia de pueblos pacíficos, el esterminio de príncipes idolatrados y de esclarecidos ciudadanos, en fin las horribles catástrofes de que son tan fecundos los anales de las naciones ¿no deben servir de eterno escarmiento contra la aversion entre súbditos y monarcas? Si tiempo ha hubiesemos tratado gobernantes y gobernados de hacer causa comun ¡cuantas ca-

lamidades hubieramos podido ahorrarnos! Pero por todas partes vemos funestos recuerdos de este insano furor que agita á unos y otros.

Cuando un pueblo convencido de la imposibilidad de sostenerse sin un freno que le retenga, elige entre sus individuos el mejor para gobernarle, y deposita en él y vincula en su familia la fuerza y la autoridad; ó cuando hallandole ya elegido, reconocido y sentado debajo el trono, le defiende de los enemigos, y á costa de toda suerte de sacrificios le consigue la victoria ¿qué título no tienen estos súbditos leales, para aspirar á una recompensa, qué deber no obliga á los monarcas á mostrarse agradecidos, y qué proporcion se ofrece á entrambos para darse un mutuo abrazo y estrecharse para siempre con vínculos indisolubles? Un pacto social fundado sobre el amor, un código que convirtiese en padre el tirano, y en hijo respetuoso el envilecido vasallo, seria el mejor término de las grandes épocas de valor y de constancia.

Mil y mil ocasiones semejantes á estas nos presenta la historia: mil y mil circunstancias para desplegar una generosidad gloriosa y favorable á los intereses de todos. Sin embargo vemos á monarcas que todo lo debian á sus pueblos negarles este beneficio, y pagar con ingratitudes á sus mas heroicos defensores; al paso que vemos á otros que no debiendo á su nacion mas que afanes y sinsabores, han coronado sus deseos, han establecido una alianza feliz, y evitado peligrosas reacciones, que de otra manera habrian podido renovar los antiguos desórdenes.

Nunca han logrado el mismo resultado aquellos reyes que han seguido un sistema diferente. Arduo es el oponerse de frente al curso natural de las cosas. El íntimo y eterno sentimiento de justicia, las ráfagas de ilustracion que han penetrado por entre las nubes de los siglos mas tenebrosos, han producido convulsiones que se hubieran podido contener, descargando á tiempo el conductor eléctrico. ¿Qué

mucho pues que viendo frustradas sus esperanzas, perdido el premio de sus sacrificios y desoidos sus clamores; animadas por el egemplo de otros paises que gozan del beneficio de un sistema representativo, avergonzadas del olvido en que yacian, privadas en fin de toda senda legal para desahogar sus sentimientos y elevar sus votos á los respectivos gobiernos; varias naciones se hayan visto en la dura precision de recorrer al único medio que les quedaba, hayan recobrado los derechos que se les disputaban; y en la irritacion producida por la resistencia y el choque de las pasiones, se hayan propasado acaso mas allá del deber? No hay cosa mas natural: sin embargo los príncipes y los magnates no han tratado mas que de oponer vanamente los prestigios de su autoridad, y se ha visto otra vez levantado el puente entre dominante y dominados.

Aquellos se han obstinado siempre en no creer que los elementos que han obrado en algunos pueblos de Europa que han sido el teatro de semejantes contiendas, no son comunes á todos los demas; porque se han mantenido tranquilos sin reclamar las prerogativas que los primeros vindicaban por sí mismos. Esta apariencia de razon se desvanece por sí misma, con solo mirar la conducta de los que en ella se han fundado. Si no hubiesen temido la esplosion de los mismos combustibles acinados en su pais ¿por qué tanto rigor en las providencias, tanta vigilancia en sus agentes, y tan estrecha liga entre sí, para ayudarse mutuamente, y sufocar el incendio en cualquiera punto donde apareciese? Esto prueba hasta la evidencia que esta causa no es solamente europea, sino que abraza todas las naciones del mundo hasta ahora conocido. Las potencias asiáticas en las asíduas y espantosas vicisitudes á que se hallan sujetas, patentizan demasiado que cuanto mas despóticos son los gobiernos, tanto mas espuestos se hallan á revoluciones, y cuanto mas temidos, tanto menos seguros en su solio los monarcas.

Celosos de la gloria de estos, como del bien de

nuestros semejantes, solo anelamos el dia en que se verifique de buena fe la reconciliacion ente estos dos estremos, de cuyo equilibrio depende la tranquilidad universal. ¿Y por qué no han de cumplirse nestros votos? ¡Ay de esta hermosa y desdichada parte del orbe si se viesen frustrados!... En breve tendria que presentar á las miradas compasivas de los americanos el mismo cuadro que ahora á las nuestras los yermos desiertos del Africa. = G.

LITERATURA.

ROMANTICISMO.

Al solo nombre de Romanticismo se recuerdan las infinitas disputas que tienen dividida toda la república literaria. Nuestro intento no es mezclarnos en ellas, sino decir algo sobre la significacion y máximas fundamentales de este sistema de literatura.

La lengua romanza (que es la que se hablaba en Europa mientras se iba perdiendo el uso de la latina, y formándose las modernas) fué la que dió nombre á las poesias que se llamaron románticas. La esencia del romanticismo no consiste sin embargo en la tal lengua de que ha derivado el nombre, sino en los elementos poéticos que componen el *estilo*, en la eleccion de los *argumentos*, y en el modo de tratarlos por lo que toca á la *marcha*: tres puntos que seran el objeto de este artículo.

Estilo.

Las costumbres y la religion de los antiguos, en particular de los griegos, eran un pábulo continuo para la fantasia; por lo que los poetas entonces todo lo pintaban á la imaginacion con caractéres vivos y personales. No hacian la descripcion de un bosque, de un rio, de un fenómeno de la naturaleza (observa Chateaubriand en el genio del Cristianismo) sin poner ninfas, sátiros, y dioses que presidiesen al objeto

que querian representar. La mitología era pues para ellos un elemento poético omnipotente, que todo lo animaba, razon por la que las poesías griegas interesan tanto con los alegres cuadros que ofrecen á la fantasía. No dejaba sin embargo la poesía de ser un retrato fiel de las costumbres; pues tanto como los poetas, eran vivaces los pueblos de aquellos tiempos, y siempre las canciones y los himnos eran la interpretacion de lo que habrian espresado mas groseramente las palabras del vulgo. Las producciones de los verdaderos poetas se distinguen en que son el espejo de los caractéres de los tiempos en que fueron escritas.

Despues del establecimiento del cristianismo las ideas religiosas empezaron á interesar el espíritu mas que la fantasía, y las imágenes de las costumbres debian ser mas patéticas. A esta causa añadiremos otra, y es la invasion del mediodia de Europa efectuada por los habitantes del Norte, llevando consigo las lúgubres ideas de los climas septentrionales, y el gusto por las melancólicas canciones de los Bardos y de los Druidas, recreo de los hijos del terrible Odino, cuando descansaban de los combates libando á las vírgenes de Escandinavia en medio de los convites y de la música. Posteriormente las costumbres caballerescas que trajeron los moros acabaron con despertar en los ánimos de los valientes los interesantes impulsos del sentimiento con que obsequiaban á las damas, poniendo en los escudos por emblema del honor: Dios, la patria y amor. En tales épocas ¡como podian ser agradables las poesias mitológicas! Lo que en tiempo de los griegos y de los romanos era bello, religioso y penetrante, habria sido entonces obscuro, pesado y de ninguna aceptacion. Por eso los verdaderos poetas de aquellos tiempos son los trobadores que cantan los torneos, las aventuras de amor, las magias y los milagros. La erudicion de algunos pocos conservó el gusto por las poesias antiguas, y á ellos debemos que no se hayan perdido para nosotros. Parece sin embargo que estos

hombres ilustrados, para oponerse á la ignorancia y á la barbarie hayan caido en el otro estremo de venerar demasiado los modelos antiguos; por lo que ya nada sabian pintar sino con los colores de la mitología, sin reflexionar que lo que estaba bien á los griegos, no conviene tal vez para nosotros, cuando se toma por resorte principal de la poesía. En esto consiste una de las principales desavenencias entre los romanticos y de los clasicistas; que los segundos todo lo quieren segun los antiguos, y los primeros pretenden imitarlos mas filosóficamente, es decir, haciendo lo que hicieron ellos: servirse por elementos poéticos de las imagenes que son mas análogas á las costumbres de los tiempos en que escriben: porque de otro modo la poesia no es mas que un juego de palabras. En efecto todos los autores clásicos verdaderos dejan en sus obras el color de las épocas en que vivieron, y en este sentido son románticos por sus tiempos Homero, Píndaro, Virgilio, &c. y lo son entre los modernos, Dante, Camoens, Shakespeare, Calderon, Schiller y Byron. El carácter principal del estilo de los románticos propiamente dichos (que son los modernos despues de la lengua romanza) consiste en un colorido sencillo, melancólico, sentimental, que mas interesa el ánimo que la fantasía. Quien haya leido el Corsario y el Peregrino de Lord Byron, el Atala y el Renato de Chateaubriand, el Carmañola de Manzoni, la María Stuard de Schiller tendrá una idea mas adecuada del estilo romántico, de lo que podamos dar nosotros hablando en abstracto. Un escollo de este estilo es el que las ideas tristes se vuelvan demasiado terribles y fantásticas, como las del Manfredi de Lord Byron: entonces la poesía se convierte otra vez en un juego de palabras, y cesa de interesar á la mente y al corazon.

Argumento.

Siendo el objeto principal de los románticos interesar con cuadros que tengan analogía con las cos-

tumbres de sus tiempos; lo que es tambien mas útil por la ventaja que puede proporcionar el ejemplo de acontecimientos de la misma clase que los que nos ocurren en sociedad; los argumentos románticos deben á preferencia tomarse de la historia moderna, ó bien de la edad media. Los argumentos antiguos, y en particular los griegos y los romanos, no tienen para nosotros un interes tan inmediato, como los de las cruzadas, del descubrimiento del nuevo mundo, y de las revoluciones modernas. A mas de que tanto han escrito ya los poetas sobre asuntos griegos y romanos, que el interes que inspiran semejantes obras, es mas de convencion que de naturaleza, como es el que escitan los lances de la verdadera poesía, cuando no es dictada por las solas reglas de imitacion, sino por el genio y el sentimiento. La historia de la edad baja y la moderna ofrecen una infinidad de argumentos que todavía no fueron tratados, y que tienen mucha mas relacion con las costumbres de la edad presente, y á tales argumentos se acomoda muy bien el estilo de los poetas románticos. Un héroe (dicen ellos) que nada conserva de las pasiones humanas, cuyas ideas, cuyas aventuras no se pueden comparar con las de nuestra vida para conocer si son verosímiles y bien espresadas, es mucho mas fácil de retratar; porque allí todo está al arbitrio del poeta; de lo que lo son las vicisitudes de un hombre, en las que todos podemos ver las propias como en un espejo, y juzgar en consecuencia mas exactamente sobre el mérito del poeta. Los clasicistas no conocen de los caractères griegos y romanos sino lo que trae la historia, muchas veces exagerada y siempre imperfecta, de aquellos tiempos: no pueden por lo tanto pintar á sus protagonistas sino con colores generales, y mas como se los figuran ellos que como verdaderamente fueron. Para darles mayor realce los ponen mas allá de los sentimientos modernos, sin contentarse con representar hombres valientes que arrostran cualquiera peligro, y dándolos á conocer como si apetecieran la

muerte en lugar de evitarla, como si ninguna desgracia los conmoviese, como si nada fuese imposible para ellos. Los espectadores modernos no toman interes en estas composiciones, porque ven allí personages de una naturaleza distinta de la nuestra, y como no pueden hacer comparacion de aquellas aventuras con las propias, se quedan admiradores de bellezas, que juzgan grandes porque no las conocen, mas que sin embargo no llegan á conmoverlos. Los eruditos entretanto, los que se han acostumbrado desde la infancia á las bellezas de convencion aprendidas en las escuelas y en los autores clasicistas, gustan de un placer que es mas el resultado de un cálculo que del entusiasmo de las pasiones. Cuando los argumentos románticos al contrario son manejados por un verdadero poeta ¡quien es el hombre que no se halle arrebatado al verlos representar! Las virtudes y los delitos, las dichas y las desgracias, nos recuerdan las circunstancias de nuestra vida, y hasta los clasicistas no pueden contener las lágrimas, entretanto que con las palabras critican el uso de tales argumentos, que forman la delicia de los románticos. Tambien los asuntos antiguos pueden servir á los poetas románticos, con tal que sepan tratarlos románticamente, es decir no con los colores y los resortes de convencion que se enseñan en las escuelas; sino con aquellos que dicta á pocos el genio, y que nos dejan conocer tambien en los heroes de la antigüedad á hombres como nosotros. Modelo de esto sean los mismos poetas antiguos, los clásicos y no los clasicistas. El Edipo de Sofocles no se averguenza de confesar que le duele el abandonar la vida, y nos interesa entonces mas que otros, á quienes la muerte no arranca tampoco un solo lamento, como en general los heroes de las tragedias francesas. En cuanto á los modernos pondremos por ejemplo la sola tragedia de Shakespeare titulada: la muerte de Cesar, que basta para persuadir de la inmensa distancia que media entre los poetas hijos de las escuelas, que todo lo han aprendido por las reglas aristotélicas; á los

inmortales hijos del genio, que todo lo sacan de la naturaleza y del corazon.

Marcha.

Tocante á las poesias líricas la diferencia entre los clasicistas y los románticos solo consiste en que los últimos son mas libres en la colocacion de sus pensamientos y en la aplicacion de los metros, esmerándose en hacer de modo que la forma de los poemas sea dependiente de los lances de las pasiones, en lugar de sugetarlas á demasiada regularidad, como tal vez por sobrado escrúpulo lo practican los clasicistas. Hablando empero de la epopeya y de las composiciones dramáticas las opiniones son mucho mas divergentes. Los clasicistas son muy rigurosos observadores de las tres unidades de accion, de lugar y de tiempo: mientras los románticos no reconocen mas que una sola unidad que es la de interes, y las razones principales en que apoyan sus opiniones son las siguientes. Como es imposible (dicen ellos) lograr una ilusion perfecta en los poemas y en los dramas, de modo que la accion no necesite mas tiempo para ejecutarse de lo que se consume presenciándola; por eso ya que debemos hacer una abstraccion, tanto vale hacerla por un mes ó por un año como por veinte y cuatro horas. Del mismo modo con que leemos la historia de varios tiempos y vemos cuadros de acciones de distintas épocas y nos interesan; tambien han de interesarnos representaciones que no sean compasadas en un término de convencion, que tampoco es exacto por dos razones: la una porque la representacion de un drama no necesita mas que tres ó cuatro horas, por lo que ya es un esfuerzo de la imaginacion el alargarlo hasta veinte y cuatro, y no se deberia permitir, queriendo lograr una ilusion perfecta: la otra es que muchas veces una accion dramática representada á lo clasicista es tal, que en la realidad necesitaria por su desenlace mas de una semana, y que sin embargo en el teatro empieza y se concluye en el término pre-

fijado por las reglas de Aristóteles, y tiene cuidado el poeta de indicar á los espectadores las horas que consumen, á fin de que no se equivoquen, juzgando solo por las probabilidades de sociedad. En efecto ¡cuantas veces no ocurre oir un actor que promete empeñarse en un asunto y haberlo concluido antes del dia siguiente, asunto que en los cálculos de los verosímiles necesitaria tal vez un mes para llegar á su término! Como por ejemplo un matrimonio, que en el teatro suele efectuarse por la noche entre dos que se vieron por la mañana, tuvieron que superar dificultades inmensas á mediodia, y al cabo de las veinte y cuatro horas fueron felices. Los románticos, como ven que la ilusion perfecta por lo que hace al tiempo es imposible lograrla, tampoco se cuidan de colocarse inútilmente en la cama de Procusto, porque lo hicieron los antiguos. Un argumento preferente para ellos es que cuando un vaso está lleno de agua, ya no coge ni otro vaso, pero ni tampoco una gota. De esto deducen ellos: ó la unidad de tiempo ha de limitarse exactamente á la representacion de los dramas, ó no ha de haber ninguna. Este último partido siguen los románticos, porque mas quieren contentar los ánimos de los espectadores que el cálculo de los eruditos. En efecto lo que interesa al público es el manejo de la accion y no el tiempo; y no sabemos si atribuir al bueno ó al corrompido gusto, el que en todos los teatros modernos donde se ejecutan piezas románticas, no dejan de tener una acogida la mas lisongera para sus autores y partidarios.

La unidad de lugar trae su origen de que, como los antiguos eran nuevos en el mecanismo de los teatros, por eso no conocian todavia el artificio de mudar las decoraciones, como lo hacemos nosotros. Los poetas se hallaban pues en la precision de arreglarlo de modo que todos los incidentes del drama acaeciesen en el mismo lugar. Lo que en los antiguos era un atraso (dicen los románticos) ha servido de regla á los ciegos imitadores de todo lo que proviene de

ellos. Consecuencia de este error son las inverosimilitudes con que se ve prepararse una conspiracion en el gabinete del mismo monarca que ha de ser la víctima, intrigas de amor en el mismo aposento donde mas fácil es el descubrirlas, y otras incongruencias por ese estilo. Los románticos han examinado que mas chocaban al público estas inverosimilitudes, que no el mudar de escenas. Tambien los clasicistas se concedieron en este punto algunas mudanzas, pero limitaron esta libertad al mismo palacio, ó á lo mas á una sola ciudad; límite que no observan los románticos, juzgándole como la opinion de algunos, y no como una regla necesaria sacada de la naturaleza: y contestan á los clasicistas con las mismas razones que hemos indicado hablando de la unidad de tiempo, es decir: que cuando la ilusion no ha de ser exactamente como si la accion fuese presente, los límites han de quedar á discrecion del poeta, que no ha de hallarse estorbado en dar un desahogo á las producciones de su genio por impedimentos hijos de las reglas escolásticas y no de la razon; que los clasicistas tampoco reparan que con la sola division de los actos ya cesan las unidades de lugar y de tiempo, y que las transacciones hechas por ellos mismos sobre estos dos puntos denotan mas una obstinacion en pretender que de todos modos son necesarias estas dos reglas, que una razon suficiente en apoyo de sus opiniones. El efecto, es que los espectadores ven pasar á Otelo de Venecia á Cipro, y no dejan por eso de interesarse en sus amores y en la muerte de la desdichada Desdémona; y por el mismo principio verian el padre Lascasas abogar por la causa de la humanidad en Madrid, y despues pasar como angel de consolacion á las Américas: y sus ánimos quedarian conmovidos sin reparar el esfuerzo de imaginacion que se figuran los clasicistas, ni quedar disgustados de una libertad del poeta que les habria proporcionado sensaciones deliciosas. El hecho es, que los hombres clásicos de todos los tiempos y

de todas las naciones escriben lo que les dicta el genio, y despues vienen los eruditos y sacan reglas de aquellas obras, pretendiendo que todos deban conformarse á ellas: y de aqui las doctrinas de las escuelas, donde mas se esplican los clásicos por las formas, que por el sabor de sus bellezas filosóficas. Imitar á los clásicos en los lances de las pasiones, en la moral de sus obras, en los rasgos de la imaginacion, esto es lo que pretenden proponerse los románticos: imitarlos en cualidades secundarias de que ni siquiera ellos tal vez harian caso, esto es lo que se proponen los clasicistas, segun la opinion de sus contrarios.

Nos quedaría que hablar de la unidad de interes, que consiste en hacer que la accion ó las acciones que se representan tengan un objeto solo, en el que esté siempre iuteresado el espectador desde el principio de la representacion hasta su desenlace, y del que no le distraigan demasiado los incidentes accesorios: mas como este punto daria márgen á una infinidad de observaciones, nos limitaremos á decir, que los románticos siguen religiosamente esta sola unidad, por que la juzgan la mas filosófica: y para los que quieran profundizar mas las ideas románticas de lo que hemos podido hacer en este artículo concluiremos con aconsejar la lectura de las obras de Schloegel, Sismondi, Manzoni, y de lo que han dejado escrito sobre este particular los redactores del *Conciliatore* de Milan en Lombardia. = *L. M.*

BELLAS ARTES.

Circunstancias que influyen en su prosperidad y decadencia.

No parece sino que estén condenadas las amables y pacificas bellas artes á seguir la misma suerte que las naciones. Nacen con ellas, crecen con ellas, á par de ellas brillan y con ellas se corrompen. Asi vemos tal vez á algunos rios que desconocidos en ciertas épocas, luego famosos en otras, van lentamente adelgazándose hasta volver á su primitiva oscuridad, siguiendo en esto la historia de las ciudades, que les hicieron célebres, y por entre cuyas ruinas precipitan despues su casi imperceptible corriente. ¿Queremos dar á un pueblo la idea de su antigua sencillez, de sus primeros triunfos, de los autores de su esplendor y de su celebridad? Pues presentémosle la historia de sus bellas artes: hablémosle de los primeros artistas y ya le hablaremos de los primeros heroes; de cuando las artes llegaron á su alto grado de esplendor y le hablaremos de cuando su nacion daba leyes á las demas; y hablémosle de cuando se corrompió el verdadero gusto y le ofreceremos el cuadro de la decadencia de su patria. ¿Y de donde viene este enlace tan particular de la prosperidad de las naciones con la prosperidad de las artes? He aqui lo que nos proponemos examinar en el presente artículo.

Todo cambia en la naturaleza hnmana: las inclinaciones é ideas de una edad no son ni las ideas ni las inclinaciones de otra: una generacion condena sistemas, que aprueba la generacion sucesiva: en cada siglo vemos elevar monumentos á hombres que en los anteriores fueron condenados á muerte, y el pueblo, este eterno niño siempre instrumento de la ambicion de los que le dominan, alza por la mañana estatuas que derriba por la noche. Por esto los hombres no pueden decirse semejantes sino en el sentido en que decimos que las aguas que se deslizan hoy por un tor-

rente sean las mismas que se deslizaban ayer: por esto cambia tan á menudo el caracter de las naciones, y á pueblos muy sencillos han sucedido casi constantemente pueblos muy corrompidos y otros á estos enteramente bárbaros. Esta revolucion del mundo moral tiene una notable influencia en el mundo físico espuesto á las vicisitudes de aquel: y las bellas artes, compañeras inseparables del heroismo y de la civilizacion de los pueblos, les abren la senda de la virtud y de las grandes acciones en sus principios, engalanan magnificamente sus triunfos, y les abandonan cuando la molicie y la voluptuosidad los vuelven indignos de la noble raza á que pertenecen. Un arrebato de imaginacion y de entusiasmo precede á la cultura de los pueblos: la guerra es el unico objeto que hallan digno de aquel fuego que la naturaleza ha dispertado en sus pechos: el campo de batalla es el teatro de su gloria. Se presencian con admiracion los rasgos de magnanimidad y de valentía; se refieren con calor y con exageracion; y se multiplican los esfuerzos; se aumentan las victorias; abundan las relaciones; y á fuerza de ver y de oir, de admirar y de aplaudir crece la loable envidia de igualar á las demas naciones y despues la ambicion de dominarlas. En un idioma rústico pero espresivo, bárbaro y repugnante pero musical y alegórico se cantan las hazañas de los héroes y se describen sus fuerzas, su formidable musculacion y el feroz trato que han dado á los enemigos: una música salvage acompaña á estos primeros himnos de la poesia, que dan la idea de un estado social preferible al estado de barbarie, y de la pureza de aquellos afectos, que se gozan debajo el techo doméstico, y que vienen á ser como las fuentes de toda felicidad.

Pero la poesia parece que no basta á la imaginacion: la poesía no hace mas que describir y este modo de imitar aunque hable al corazon no habla á los sentidos: para inmortalizar á los heroes se busca un medio mas relativo á los esfuerzos que escitan nnestro entusiasmo, y como en estos no se celebra sino la fuer-

za fisica tambien han de ser fisicos los medios de que nos sirvamos para imitarles. De aqui traen su origen las bellas artes, pues este feliz deseo da las primeras pinceladas sobre el lienzo y dirige sobre la piedra un inesperto cincel: desde entonces se abre un nuevo campo á la imaginacion y se crea una nueva recompensa para los guerreros: los pueblos admiran el resultado de estas tareas y se colocan los artistas en la clase privilegiada que tambien participa á su vez de la celebridad por haber vengado al ingenio de la ninguna atencion, que hasta entonces habia merecido, y como sustraídole de la tiranía que habia ejercido sobre él el arte de la guerra.

¿Y una vez abierta la senda de carrera tan gloriosa, una vez hallado el secreto, buscado tantas veces de alagar el frenético furor en que se agitaban las primeras sociedades; quien hubiera podido contener el vuelo de la humana fantasia arrebatada por el hallazgo y satisfecha ademas de sus primeras tentativas? Las bellezas y maravillas del universo dejaron de serle indiferentes: en cada objeto hallaba nuevas perfecciones que admirar, nuevos materiales que recoger, y nuevos conocimientos que adquirir. ¡Quien nos guiara por entre los descubrimientos de estos artistas de la naturaleza y nos diese una idea de la fuerza y brillantez de sus sensaciones en la contemplacion de un mundo, que heria tan luminosamente su imaginacion en sus primeros transportes! Ellos les hacian concebir una belleza ideal que debian trasladar á sus obras, y aunque no pudiesen del todo esprimirla en ellas, la traslucieron sus sucesores en las lineas elementales, que no cesaron de suavizar y redondear para aproximarse á la imitacion de sus modelos. Asi por ejemplo el que delineó la figura de un cuerpo dió el primer paso en la pintura; pero este simple dibujo solo causó algun placer á nuestros ojos: otro añadió á esta delineacion un blando y delicado colorido con el que pareció darla cuerpo y supo unir á la primera idea la del tacto. La figura sin embargo era ya pintada

pero estaba muda: un tercer artista la hizo hablar dandonos á entender como que leyesemos su corazon en sus ojos y entreabriendo una boca sonrosada cuyas palabras parecian percibirse: un monumento vecino, los efectos que se pintaban en los demas personages del grupo, y el aire animado de la naturaleza, cuyas caprichosas pinceladas asomaban por entre las regulares pinceladas del arte, escitaron en el espectador una infinidad de sensaciones y asociaron en su mente una multitud de ideas.

Pero esto quando se hallaban las naciones en su mas floreciente época. Las bellas artes hablando y copiando al hombre se fueron perfeccionando á medida que perfeccionaba la civilizacion este modelo. Al principio hablaron á su cuerpo ó le copiaron y no obstante que pudieron imitarle con la mayor perfeccion, jamas completaban la obra, porque apesar de la exactitud de las formas, de la belleza del colorido y de la actitud heroica, natural y animada; no llenaba aquella copia el ojo del observador filosofo, que se esforzaba en vano en buscar aquel mágico *no se que* que arrebata nuestras potencias. Un grande ingenio aplicó la filosofia al arte de la pintura y fué á recibir lecciones de un sabio que le indicó el secreto de esprimir las internas pasiones del ánimo: y esta feliz aplicacion dio el último retoque á las artes y por decirlo asi las animó y sensibilizó. Tuvieron desde entonces alma y cuerpo porque ya hablaron á nuestra parte física y á nuestra parte moral: no solo pintaron un objeto sino tambien un sentimiento; no solo comunicaron á los espectadores una sensacion, sino un afecto; y en una palabra no deleitaron unicamente á nuestros sentidos, sino que hicieron palpitar nuestro corazon. Vemos por ejemplo una persona á larga distancia y tomamos una idea confusa de aquel objeto: la persona se va acercando y vamos descubriendo la regularidad y la proporcion de sus formas, los pliegues de sus vestidos, y por último las facciones del semblante, que nos dan idea de la pureza ó

corrupcion de su alma, de su tranquilidad ó de su agitacion; pues de la misma manera los artistas vieron á la naturaleza en sus principios á lo lejos, se fueron acercando á ella observandola con mas cuidado y la vieron con mayor claridad y distincion hasta que á fuerza de imitarla exactamente pusieron sus obras en inmediata relacion con nuestros sentidos; pero no pararon hasta que las hicieron relativas tambien á nuestra mente, esto es á nuestro principio espiritual.

Cuando llegan las naciones á este felice término debemos considerarlas en su verdadero estado de perfeccion, estado que brilla un solo momento y del que no queda sino un luminoso rastro. Todos los grandes hombres florecen en aquella dichosa edad y sucede luego una larga serie de generaciones en las que en mengua de los mayores esfuerzos no se ven mas que talentos imitadores é ingenios medianos. Las artes necesitan de la época del heroismo, de la sencillez y de la sana filosofía: la época de los grandes artífices es la época de los grandes hombres; aquella época en la que los pueblos no viven sino para la admiracion y para la gloria; época en que los reyes son heroes y son artistas, y en que los monumentos de las artes y los cantos de la poesia se consagran al verdadero mérito y le fundan un imperio que jamas debe espirar. Entonces no yerra el artista en la eleccion ni en la imitacion de sus modelos: ni teme que la obra de su ingenio sea despreciada por un grande, que no sienta, ó por un pueblo esclavo de la opinion de aquel grande; pues cuenta con el entusiasmo del uno y con la sencillez del otro, y sabe por consiguiente que el primero la ha de admirar y el segundo la ha de aplaudir.

Pero desaparece velozmente esta prodigiosa reunion de circunstancias asi como desaparecen en el curso de la vida las encantadoras ilusiones de la primera juventud. Se pierden las bellas artes ó en las convulsiones de una plebe feroz y sediciosa, ó

en la estupidez, que resulta del opresor dominio de los grandes: en el primer caso se envilecen y se destruyen, en el segundo se corrompen. Entonces los artistas en vez de imitar á la naturaleza imitan los modelos de la generacion precedente, y no pudiendo igualarles con el ingenio intentan sobrepujarles á fuerza de arte. De aqui aquel continuo retoque que degenera en afectacion, aquellos infinitos preceptos, que se hacen inútiles porque ningun precepto enseña á sentir, y aquella riqueza y magnificencia de materiales que degenera en confusion: se multiplican las teorias, se abren nuevas escuelas, y se inventan mas eficaces medios: se tiene tal vez mayor conocimiento de las proporciones y aun si se quiere se adelanta la teórica del arte: se nos dan modelos de todo genero de actitudes, de complicados edificios, de la diversa combinacion de sonidos y de los mas estraños paisages; pero ¿del hombre, que forma como la parte moral de las bellas artes, quien nos dará el modelo del hombre, de sus afectos, de sus ideas y de sus acciones entre un pueblo que no tiene otro afan que las riquezas, ni otros deleytes que los de la molicie y los de la corrupcion? Pierden las artes su amable candor: se visten de ropages inútiles con los que intentan cubrir la irregularidad y la poca espresion de sus formas: de antes engrandecian al hombre, ahora le escitan abominables placeres: de antes la arquitectura edificaba suntuosos templos, la música inventaba sonidos guerreros, la escultura y la pintura inmortalizaban á los heroes; ahora los templos son voluptuosos palacios, la música es lánguida y la pintura y la escultura representan jóvenes cortesanas.

De aqui se desprende quanta analogia deba tener la historia de las bellas artes con la historia del corazon humano: no parece sino que le animan quando se encamina á su perfeccion, que le recompensan al llegar á ella y como que le lloran quando empieza á corromperse. Sujetas á las revoluciones de los imperios caen y se elevan con ellos: amigas de

la soledad divierten al sabio en su retiro y aun mitigan á veces las amarguras de un destierro; y sensibles al dolor y á la melancolia se sientan sobre los sepulcros y tal vez sobre las ruinas de alguna ciudad antigua. En la infancia nos alucinan, en la juventud nos entusiasman, en la vejez nos consuelan: ¡dichosa edad la que les suministra los modelos! ¡ella es testigo del engrandecimiento de si misma y no ha de llorar cual nosotros la decadencia del corazon en el abandono de las artes! = *L. S.*

POESIA.

Noticia de la obra titulada: Eglogas del Pastor de Estremadura por D. M. de la R. = R.

La aparicion de un buen poeta es un fenómeno tan raro en nuestros dias, que estrañamos no haber visto en ningun periódico el anuncio de la obra de que tratamos salida en 1821 de la imprenta de la capitania general de Badajoz. Fecunda ha sido siempre aquella encantadora provincia de ingenios elevados, y no ha muchos años que el epigramatario Salas nos admiraba con sus delicadas sutilezas, que el anacreóntico Melendez restauraba el buen gusto ya olvidado de nuestros poetas del siglo 16.º, que el trágico Huerta hacia estremecer el teatro con su Raquel, y que el pindárico Quintana nos arrebataba en el vuelo de su inflamada fantasia. Los estremeños pueden gloriarse de poder completar esta preciosa galeria con el autor de estas églogas, que segun las noticias adquiridas de una persona respetable, por cuyo conducto recibimos el presente de la citada obra, es el presbítero D. Manuel de la Rocha, racionero de la santa Iglesia de aqueciudad.

La Poesia bucolica inventada en el tumulto de las ciudades, como sabiamente observa el doctor Blair,

importa en sí sumas dificultades que han podido superar únicamente grandes talentos. El olvidar el propio estado, el figurarse colocado en una escena que nunca ha existido realmente, el acomodar el lenguage á la hipótesis que se establece, de manera que no participe de la refinada cultura de la ciudad, ni de la desaliñada rusticidad del campo; necesita un esfuerzo de imaginacion tanto mas dificil, cuanto no nos es permitido abandonarnos ciegamente á ella, como sucede en otros géneros de poesia; sino que debemos contenernos en límites tan marcados, que el solo temor de traspasarlos basta para entibiar el entusiasmo mas ardiente. Pero aunque Teócrito cantó sus pastores en la corte de Tolomeo, y Virgilio en la de Augusto, concibieron sus ideas el primero en las feraces campiñas de Sicilia, y el segundo en el dilatado vergel de Italia. Si fuésemos siguiendo la historia de los que han escrito en este género, hallaríamos retratado en los mismos versos, no solamente el ingenio de sus autores; sino tambien las circunstancias del pais en que nacieron ó habitaron. Las deliciosas orillas del Jébora y del Guadiana son el teatro de las églogas de que tratamos, y la cuna del poeta. De aqui viene la varidad de sus pensamientos, la naturalidad de su lenguage, el conocimiento que muestra de las diversas ocupaciones de la industria pastoril, de muchas de las cuales teniamos apenas noticia. No se puede pintar con exactitud lo que no se visto, ni espresarse ideas que no se han recibido; y he aqui la causa porque desde el primer griego cuyos idilios se han conservado, no se nos ofrece poeta alguno clásico y original, hasta que en nuestros dias el delicado Gesner abriendo al arte una nueva carrera, nos ha arrebatado á las odoríferas montañas de Suiza.

Los asuntos de estas églogas son interesantísimos, y nada triviales, no tanto por lo que son en sí, como por las circunstancias que han puesto al pastor en la situacion en que se le pinta. Si Silvio se que-

ja del antojo de Cloe, porque le obliga á competir en el canto con Menandro, si quiere ser correspondido; si Flerida desengaña al rústico Lícidas, y Leucotoe dice cuatro verdades amargas á un cazador de la ciudad que perseguia á su amiga Nice, si Diocles se divierte en hacer impacientar á Cefis, á quien habia ocultado el sombrerillo en la perentoria hora del baile, si Milon se burla de los cuidados amorosos de Álcino, si el prudente Sireno aconseja á Filemon que desprecie á su ingrata Lisis, si Mirtilo esplica á Celmira las sospechas que le habian movido á no acudir á su cita la noche pasada, si Lisandro con una ingeniosa comparacion reprehende á Nerina por la indiferencia que le mostró en el baile, si Erasto exige de Belisa esplicaciones sobre un cayado que llevaba con el nombre de Silvano, si Damio va á regalar un nido de ruiseñores á Lais ciudadana, y se lleva chasco, si en una cancion Tirsis se lamenta de que Filis le ha despreciado por Denio, y este se lo niega, si Salicio acusa de falta de amistad á Niso, por tenerle reservado su amor á Doris, si Melibeo critica las personalidades de los versos de Menandro, y la parcialidad de haber antepuesto en ellos la simple Nesis á la rúbia Celia, si Coridon manifiesta á Polidoro la envidia que le tiene por las ninfas que le sobran, mientras él no puede esperar favores de la suya, si Celinda se queja de la ingratitud de Nicias, si Licias comunica á las ovejas sus celos de Ismenia, si Menalio despechado borra de una gruta el nombre de Anarda ya unida á otro esposo, si Anfriso ocupado esclusivamente en el amor de Tirza pierde la ovejas de su madre, si el infeliz Floro sigue á la cruel cazadora Marcia que huye de él, si Galatea desaoga su desesperacion contra Damon prendido en los lazos de una cortesana, todo se halla lleno de incidentes naturalísimos y variados, que interesan al lector hasta en las mas pequeñas circunstancias, en una mirada, en una palabra, en un movimiento.

Tal vez lo mas dificil en la poesía bucolica es la invencion de caractéres, pues reducida la vida pastoril á un número muy limitado de necesidades é ideas, no ofrece aquella infinita complicacion de elementos de cuya proporcion resulta el distintivo de cada hombre. Sin embargo nuestro poeta ha sabido aprovechar de todos los recursos de la imaginacion, ha dado pinceladas con mano maestra, ha logrado pintar con sus peculiares colores, no solamente el celoso y el confiado, el franco y el envidioso; sino tambien el boyero y el cabrerizo, el cazador y el pastor de ovejas, el pescador y el colmenero, sin que puedan equivocarse entre sí; y aun ha sacado materiales de una mina que pocos han esplotado con felicidad, y es introducir entre los caractéres, cierta bellaqueria que hace un hermoso contraste con la sencillez.

A cada paso se encuentran pensamientos nuevos y delicados, esclusivamente propios de este género. ¿Que cosa mas pastoril se ha escrito hasta ahora que estos versos?

Y viendo que de mí pastor lanero,
Ni de mis indirectas caso hacia;
Fui á informar de todo á tu buen padre,
Que me ama como sabes tiernamente,
Y me cree mas que á tí, cuando reñimos.

Sus descripciones son vivas y animadas: un buen pintor podria sacar de ellas los mas encantadores paisages. Sus comparaciones estan tomadas de los objetos mas familiares al que habla.

Rióse el viejo, y dijo con voz ronca
Moviendo desgreñada la cabeza,
Que un mastin de quesera parecia.

En algunos de sus epitetos ha sido sumamente feliz. A los trinos de un ruiseñor llama *caudalosos*, *pálidas* á las estrellas que van desapareciendo á la salida de la aurora, y de esta manera va aplicando los adjetivos de que se vale con una finura que tiene pocos egemplos, y menos imitadores. Ha conocido muy bien que la perfeccion de la fantasia

consiste en concretar, al paso que la del entendimiento en abstraer, y asi es que no nombra un objeto sensible, sin que indique el individuo de que habla. Muchos creen haber compuesto una famosa égloga con tal que eviten el mentar objetos que no sean fuentes, arroyos, torrentes, rios, yerbas, flores, arboles, prados, campos, llanuras, colinas, y montañas; pero desde el momento en que ni describen, ni señalan cual es la fuente y cual la montaña de que se trata, se ve que nunca han existido sino confusamente en su árida imaginacion. El pastor de Estremadura, si trata de un valle, no se contenta con llamarle *frondoso* ú *sombrio*, sino que señala, si es el de las alondras ó el de las viznagas: cuando quiere alabar un jóven comparándole con un árbol, dice:

El es alegre y ágil, es robusto
Como el álamo grande *del hallazgo*,
Cuya copa descubre veinte pueblos.

Y cuando, representa la indecision de Cefis sobre la fuente que le servirá de espejo para arreglarse el recobrado sombrerillo;

Duda que clara fuente
Le caerá mas al cuento;
Mas decídese en fin por la del olmo,
Porque Diocles no la detuviese.

Cualquiera que se proponga escribir en este género, debe observar, no solamente las costumbres, el modo de pensar y de hablar que nacen de las ocupaciones de los pastores; sino tambien la influencia que tiene en ellos el estado de su civilizacion, sus conocimientos, y preocupaciones. No hay cosa mas comun en las aldeas de corto vecindario, donde todos se conocen, saben las ridiculeces de los demas, y se divierten refiriéndolas; que el prodigar á manos llenas los apodos, hasta olvidarse los nombres propios de cada uno. De esto saca el autor un ventajoso partido.

Antes que á la montaña lo llevasen
Las contínuas instancias de sus deudos

Que verlo y conocerlo deseaban,
(Mira si se amarian bien de oculto)
El *mayoral de Nice*
Solíamos llamarle las amigas,
Que á buen seguro que por este nombre
A otro pastor te encaminase nadie.

Es tambien muy natural entre pastores y muy frecuente en estas églogas servirse de ciertos refranes, que encerrando en pocas palabras un concepto muy significativo y verdadero seran como para nosotros las maximas que por gala, ó pedanteria derraman en la conversacion los que se creen entendidos. Hallamos ya muy bello en Virgilio el *alba ligustra cadunt*, *vacinia nigra leguntur*, y asi mismo lo será, entre otros de igual mérito, este verso:

Que cabra coja sestear no debe.

En algunas de las églogas de que tratamos se hace mencion de cierta vieja hechicera llamada Alcispia, á quien se atribuye grande sabiduria y poder. No es menester mas que haber salido al campo una sola vez para asegurarse de cuan conforme á la realidad sea esta creencia, de la cual sin embargo no participan algunos; y asi hay tambien un zagal que dice:

Mas será lo que fuere, como el huevo
Visto á tras-luz por viejas adivinas.

Con haber entresacado algunas de las bellezas que se hallan esparcidas en el todo de la obra no habremos todavia dado una idea de su verdadero mérito, pues raro es el escrito que de puro malo no ofrezca alguna cosa digna de atencion; y para apreciar los frutos del ingénio en su justo valor, debemos considerar el total sin limitarnos á los pormenores. No pudiendo por otra parte remitir á la misma obra á muchos de nuestros lectores por la escasez que hay de egemplares, daremos en seguida de este artículo por via de muestra, un égloga entera de las veinte y cuatro que componen la coleccion, y de ella se podrá ver la gracia, la naturalidad, y el ingenio, que dan á nuestro poe-

ta un lugar preferente entre los bucólicos españoles.

No queremos con esto significar que las églogas del pastor de Estremadura esten totalmente libres de defectos. Sabemos que en las obras mas correctas no dejan de encontrarse, cuando un crítico los va rebuscando de propósito, disecando las espresiones, alambicando las palabras, y á veces torciendo su sentido, ó como dice Depradt, poniéndolas en prensa, para sacar de ellas todo el veneno. Dejando pues para otros este cuidado ageno tanto de nuestro carácter como de nuestro objeto, apuntaremos únicamente, los defectos que chocan á un hombre de mediano gusto á la primera lectura, y diremos en general que en ciertos pasages se echa de ver alguna oscuridad, algun juego pueril de palabras, y mucho descuido en la versificacion, notándose frecuentemente versos que repugnan á un oido bien organizado.

A las églogas siguen otras composiciones de diferente género, como son una dedicatoria á Estremadura, once odas, cinco romances, una fábula, y dos piezas fugitivas. Pero todas estas poesias, á escepcion de la fábula estan muy lejos de poder competir con las pastoriles, y no pasan de medianas. Pocos son los que como Virgilio y el Taso logran ser clásicos en la égloga y en la epopeya, ó que como Miguel Angelo son pintores, estatuarios y arquitectos, y todo con perfeccion. = *A.*

ÉGLOGA IV.

DIRCEA.

Muy hermoso pastor es tu rebaño;
Pero tú mas hermoso todavia.
Tal para cual; y á izquierda le guiñaba.
Mas á esto sonrojado el bello Dafnis
No sabe dar respuesta concerniente.
Contará el sol á Dáfnis á estas horas
Diez lunas cuando mas sobre doscientas.
Un zurron de la piel de un gato clavo
Que Idas mató en la sierra javaliega
Y se lo regaló de amigo á amigo,
Su cayado ñudoso,
El pellico mas blanco que el armiño
De ensortijada lana, y un sombrero
Con seis espigas verdes son sus galas.
Mas ¡qué vivos los ojos! ¡cuán brillantes!
De pudor é inocencia fiel dechado.
Rebosa la salud en sus megillas,
Y aun para mas realce
El pudor con frecuencia las retoca.
Terso su cuello mas que el alabastro:
Por él ondean rubios como el oro
Y en su plácida frente
Los rizados cabellos.
Tañe el rabel sonoro con tal arte,
Que ya dá en que entender á su maestro
El renombrado Anfriso.
Tambien suena que canta;
¡Ay! ¿qué puede brotar de aquella boca
Si no dulzura y miel de romerales?
¿Quién podrá aventajarle en la carrera?
Y aun el amor sus alas no le ha puesto.
Bien es que atando señas, ya hay quien dice
Que le reclama astuto y tiende redes,
Desde que ha vuelto aquí tan espigada
La hija de Nileo,
Mientras tímido él, y contenido

Ni á contestar se atreve.
No andará mucho suelto, no. Entre tanto
Helo allí que contento y apacible
Viene por el camino de las ruedas,
Bajando acia el arroyo de la murta
Con sus finas ovejas ya esquiladas
De vuelta de la aldea.
¡Cuál juega con el tigre que hasta el pecho
A plantar se abalanza las dos manos
Pesadas y nervudas!
La pastora Dircea
Saliendo en busca de agua, lo descubre
Casualmente á lo lejos:
Y verlo á él, y ver tambien á Daulia,
Nueva aurora del valle,
Es todo uno. La inocente Daulia
Que con el enrejado canastillo
Lleno de frescas flores escogidas,
Y aromáticas yerbas, á la choza
Distraida se vuelve y descuidada.
¿A dónde vas con ese mi regalo
Querida prima mia?
Asiéndola del brazo le pregunta,
¿A que duren inútiles en agua?
Y los mas son junquillos,
Que la cabeza con su olor trastornan.
Ven, y detras del fresno de la legua,
Cuya sombra cobija el facil vado
Por donde va á pasar precisamente...
¿Quién?.. Y mira al camino de las ruedas,
Y muda mil colores, y azorada
Los ojos sumergir quiere en el suelo,
Y se deja guiar... No nos ha visto:
Silencio es menester ¡Ay! ¿Qué te asustas?
Es el mastin que bebe.
Dame ¡qué boba estás! el canastillo.
Alguna burla intenta la del dije,
Que así á Dircea llaman,
Por el que en prendas le dejó Lygdamis
Al partir á la guerra por sorteo.

El camino se estrecha en aquel punto,
Y en cuesta se presenta.
No lo decia? Canastillo y flores
(Y Dáfnis no lo vió) delante arroja
De las ovejas, para que cobardes
Al pasar salten todas arqueadas.
Dircea (ó si quereis por otro nombre
El iman de Lygdamis que al fin vuelve)
La gallarda Dircea,
Al paso que discreta y comedida
Es muy jovial, alegre y placentera.
Donde ella esté no habrá melancolía.
El quinto lustro ya no ha de cumplirlo.
Hay quien le cuenta veinte y siete abriles:
Por la suya no tantos.
De todos modos fruta ya madura.
Tiene sí mucha gracia,
Aromáticos labios,
Sonrisa deliciosa,
Una habla insinuante,
Corazon eficaz y apasionado,
Ojos negros que al vivo lo retratan,
Y el "no se qué," disimulado escollo
Dó tropezar algunos deseáran.
Sabe de amor Dircea:
No fuera hermosa; pero guarte el genio,
Si rendido te mira.
Es desdeñosa entonces, inhumana
Y desabrida, porque así lo quiere
El que ella quiere que la quiera solo.
Y esta es la que escondida
Con su prima la hija de Nileo
Detras del alto fresno que aorillado
Frondoso las acoge y agasaja,
Dice al gracioso Dáfnis ¡qué saludo!
Saliéndole al encuentro de improviso:
Muy hermoso zagal es tu rebaño;
Y siguiendo los tres un largo trecho
En amenos coloquios;
Pero tú mas hermoso, le añadia.